

## LUIS RATISBONNE

### DOMINA

Si dijese:—«La flor que yo quisiera  
crece del Alpe en las nevadas cimas,  
ó en el fondo del mar inexplorado.»  
Para mi loco amor, ¿qué mayor dicha?  
Hundiéndome en el mar, trepando al cielo,  
la flor te ofrecería.

Si quisieras cruel mi sangre toda,  
abriéndome las venas, ¡qué delicia!,  
para lavar tus blancos piecitos,  
te la diera, aplaudiendo tu perfidia;  
y si dijeras:—«Me cansé de verte;  
muere, pues,» moriría.

Si tu inmenso poder probar quisieras  
y en el último instante de mi vida  
me atormentases pérfida, en los brazos  
de mi rival mostrándote á mi vista,  
y exclamases despótica:—«Sonríe,»  
¡también sonreiría!

### LA VIOLETA

Cuando la Primavera abrió las flores  
y á la humilde violeta  
pintó con los colores  
más dulces de su espléndida paleta,  
después que le hubo dado  
el cáliz esmaltado,  
y el perfume que vence al de la rosa,  
le preguntó la diosa:  
—«Oh, la más pura de mis hijas bellas,  
¿hay algo más que tu beldad reclame?»  
—«Si, verdes hojas dame,  
dijo la flor, para esconderme en ellas.»

## MARCOS MONNIER

### Á UNA MUJER

Cuando humillar la frente  
al hombre ves, que por tu amor suspira,  
cuando ves que su vida inútilmente  
en torno tuyo gira,  
dime, ¿no es cierto—la verdad reclamo—  
que dices compasiva y displicente:  
—«¿Por qué me ha de amar él, si yo no le amo?»  
¡Oh, no le compadezcas! Sus dolores  
le placen, y aunque aumentes los rigores,  
de otra beldad rechazará el encanto.  
Por la jovial serenidad que gozas  
cuando su amante corazón destrozas,  
no daría una gota de su llanto.  
No te apiades, pues, de él. La paz del puerto  
no vale tanto como el choque incierto  
del mar en la borrasca embravecida;  
dulce es dormir, pero es mejor, despierto,  
luchar en los combates de la vida.  
Pregúntale al enfermo cuando muere,  
aunque infeliz sucumba  
en horrible estertor, si no prefiere  
la agonía á la tumba:  
con bruscas energías  
pugna contra la muerte en audaz guerra  
por prolongar sus miserables días...  
Así, anhelante, nuestro afán se aferra  
al amor imposible y doloroso;  
quien, por él, no ha vivido sin reposo,  
diga que no ha vivido;  
quien su horrible tortura no ha sufrido,  
no fué jamás dichoso.  
¿Eres feliz acaso? Si él te adora  
lo es más, aunque la angustia le devora,  
que tú, insensible á sus ardientes llamas.

Por él, no en balde llores; por ti llora;  
 ten compasión de ti, pues que no amas.  
 Su tenaz aflicción, sus penas graves,  
 envidiale más bien, pues tú no sabes  
 en qué esfera de luz soñando mora,  
 lleno siempre de ti su pensamiento;  
 y cómo en tu mirar, para él airado,  
 absorbe delicioso arrobamiento  
 su pobre corazón desconsolado.  
 Nunca sabrás cuán loco y delirante  
 siguiéndote admirado se extasia,  
 ni cómo se apodera, osado amante,  
 de ti, pobre mujer, su fantasía;  
 cómo tu amor su espíritu apasiona;  
 cómo, soñando plácidas quimeras,  
 te pone bajo el solio y te corona,  
 y cómo es rey de veras.

• De esto, no sabes nada. Tu alma inerte,  
 altiva, adusta, fría,  
 duerme sueño de muerte.

Un día ves pasar tras otro día  
 sin llevarte calor, luz ni alegría;  
 y sin vanos reproches  
 iguales ves pasar las negras noches.  
 Tu corazón, sin peña ni ventura,  
 la calma y el olvido  
 logró de anticipada sepultura.  
 ¡Oh Dios!, muy desdichado  
 es quien ama sin ser correspondido;  
 pero mayor desgracia siempre ha sido  
 el no poder amar quien es amado.

## LUIS SALLES

### EL PAÑUELO ROJO

El sol sobre la marisma  
 lanza sus rayos de fuego.  
 Bajo los sauces, los toros  
 sueñan, respiran el fresco,  
 y en las aguas encharcadas  
 hunden bien los cuatro remos.  
 Unos, la amarga rétama  
 buscan, y los tallos tiernos  
 saborean; otros bajan  
 la testuz, y contra el recio  
 tronco el enarcado lomo  
 frotan y rascan mugiendo,  
 mientras enjambre de moscas,  
 arrojándose sobre ellos,  
 chupa su sangre inflamada,  
 más bien á miles que á cientos.

Súbito, de la rumiante  
 tropa se destaca fiero  
 un toro, y clava la vista  
 en algo que ve á lo lejos.  
 Dos chicuelas, junto á un roble  
 que el leñador echó al suelo,  
 para formar su hacecillo  
 ligan el ramaje seco.  
 Una de ellas los dos hombros  
 cubre con rojo pañuelo,  
 que al resplandor de la tarde  
 brilla y fulgura sangriento.

Inclinada la cabeza,  
 echando los ojos fuego,  
 veloz carrera emprende